

## NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES.

*Regina angelorum.*  
Reina de los ángeles.  
(LETAN.)

San Juan evangelista fué desterrado por el emperador Domiciano á la isla de Patmos. El Señor, que tiene siempre fijos los ojos en sus siervos, y no los abandona nunca en sus tribulaciones, se dignó consolarle, mostrándole la gloria de que disfrutaban sus santos en el Cielo. Un Angel, dice el santo Apóstol en su Apocalipsi (1), me llevó en espíritu á un monte encumbrado, y mostróme la ciudad Santa de Jerusalén. Los fundamentos de esta ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas, jaspes, zafiros, calcedonias ó rubíes, esmeraldas, sárdios, crisólitos, berilos, topacios, crisopasos, jacintos, sardónicas y amatistas. La ciudad tenía doce puertas, y cada una de ellas estaba hecha de una de estas perlas. El pavimento era oro puro, y trasparente como el cristal. Los felices moradores de esta ciudad eran príncipes, senadores, testas coronadas; y era tal su número, que no era posible contarlos. Vi allí un grupo numeroso de Patriarcas, de Apóstoles, de Mártires, de Pontífices, de Doctores, de Sacerdotes y Seglares, de Solteros y de Casados, en fin, de personas de toda edad y condicion, y eran todos tan hermosos y despedían tan brillantes resplandores, que parecían otros tantos soles.

Vió además el santo evangelista en aquella bienaventurada Pátria un numerosísimo ejército de celestiales espíritus: ángeles, arcángeles, tronos... formando nueve coros; y en un lugar muy elevado vió á una Mujer sentada en un trono, vestida del sol y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de estrellas. Esa Mujer, que disfrutaba de más gloria y despedía más luz y más vivos resplandores que todos los otros bienaventurados juntos, era la Virgen María.

(1) Cap. XXI.

La Iglesia, que cuando se trata de honrar y dar gloria á María es incansable, porque reconoce que no hay beneficio que no recibamos de su mano, ni males de que, por su intercesion, no nos veamos libertados, quisiera que los fieles á toda hora le tributaran alabanzas, como accion de gracias por la generosa proteccion que les dispensa, y como fervientes súplicas para que continúe derramando sobre ellos el torrente de sus maternales favores. Quisiera la Iglesia ser toda lenguas, para hacer que resonasen sin interrupcion las alabanzas de María en medio del pueblo cristiano, que le debe cuanto posee, y que alcanza cuanto le pide. A este fin ha formado un largo catálogo de sus más gloriosos títulos, ó una rica corona de perlas preciosas que adorne sus sacratísimas sienes. Otro de estos títulos es el misterioso al par que augusto de *Reina de los Angeles*, título que más propiamente cuadra á una criatura, que por una orden providencial y extraordinaria fué escogida entre todas las hijas de Adán para una autoridad, que reasume en sí toda la grandeza y la mayor elevacion posible despues del supremo Criador. Llamar á María *Reina de los ángeles*, es predicar de ella lo que no es posible comprender, porque nadie puede sondear el abismo de gracias y perfecciones que encierra este título misterioso. Habiéndome comprometido á formar el elogio de la Virgen bajo el título de Nuestra Señora de los Angeles, procuraré manifestaros cuán justamente la aclamais Reina y Señora de los Angeles, y cuanto debe animaros este augusto título á confiar en su proteccion. Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Los monarcas acostumbran colmar de honores á aquellos de sus súbditos, que les prestan algun servicio de gran importancia, ó se muestran muy fieles á su persona y dinastía. Faraon elevó á José á la dignidad de virey de Egipto, por haber interpretado un sueño que había tenido. Por el mismo motivo Darío, rey de Persia, escogió para primer ministro de su reino á Daniel. Asuero reinó desde la India hasta la Etiopía sobre ciento y veinte y seis provincias: dos empleados, á cuyo cuidado estaba confiada la custodia de la puerta y mandaban en la primera entrada del palacio, mal contentos del Rey, resolvieron levantarse contra él, y matarle. Descubierta por Mardoqueo la conspiracion, el Rey mandó que fuera vestido con vestiduras reales, y saliese montado en un caballo de los que montaba el monarca, llevando sobre su cabeza la real corona, y que el primero de los grandes de la corte llevase asido del diestro el caballo, y marchando por la plaza de la ciudad publicase en alta voz, que de aquel

modo debía honrarse al que el Rey quería honrar. ¿Qué premio, pues, qué honores no habrá concedido á María, su Madre, de cuya sangre fué formado su cuerpo, y que le llevó nueve meses en su seno purísimo, le alimentó con su propia sustancia, le salvó de las manos de Herodes que quería derramar su sangre; aquel Dios, que promete un premio eterno al que dé un vaso de agua por amor suyo á un pobre; aquel Dios, que perdonó á la Magdalena todos sus pecados y escándalos porque había derramado sobre sus piés algunas lágrimas; aquel Dios, que prometió al buen ladrón la gloria eterna, solo por haber hecho, poco ántes de su muerte, un acto perfecto de contrición?

¡Oh! si me fuese dado abrir las puertas del Cielo, y mostraros la gloria, la majestad de nuestra celestial Madre! Con qué ternura la amaríamos, con qué fervor cantaríamos sus alabanzas, cuánto deseáramos disfrutar siempre de su presencia! Pero ya que no se nos concede semejante dicha, subamos, al ménos con el pensamiento y con el afecto á aquella mansion gloriosa, y veremos que si acá en la tierra tienen la reinas su corte, compuesta de las personas de primer rango, la tiene también nuestra reina María en el Cielo, formada de todos los santos y de todos los ángeles. Todos allí la reconocen por reina y soberana: todos con humildad y respeto la alaban y bendicen: todos llenos de júbilo van repitiendo: Tú eres la gloria y el honor de la celestial Jerusalén.

A su disposicion tiene siempre un numerosísimo ejército de ángeles, divididos con orden admirable en nueve coros, con sus oficiales y jefes respectivos. El generalísimo de este admirable ejército es el arcángel san Miguel, cuyo trono está cerca del trono de Dios; pero no tan inmediato á él como el trono de la virgen María, trono más luminoso que el de todos los ángeles, trono más resplandeciente que el de todos los santos, trono que forma como un nuevo paraíso. La gran reina María tiene toda autoridad sobre este ejército: Ella hace cuanto quiere en el Cielo y en la tierra; en cierto modo, es omnipotente como su Hijo, con la sola diferencia, que su Hijo es omnipotente por naturaleza, y nuestra gran Reina lo es por gracia.

Al criar á María, no se propuso Dios hacer un mundo material para morada del hombre, sino un augusto palacio para mansion del Criador. El Padre eterno, que no tiene más que un Hijo natural y consustancial, quería tener una Hija que le diera muchos hijos adoptivos, de los cuales se formara una familia numerosa. El Hijo único del eterno Padre, que, segun su generacion divina, no tiene Madre, deseaba tenerla, segun su humano nacimiento. El Espíritu Santo,

única persona estéril dentro de Dios, quería formarse una esposa á quien, en cierto modo, fuese deudor de esa misteriosa fecundidad, cuyo fruto es Jesús. Esta hija, esta madre, esta esposa es María, y por esto toda la Trinidad beatísima contribuye á engrandecerla y glorificarla. María es la obra maestra de la mano de Dios; y la excelencia y perfeccion de esta obra magnífica es tal, que siendo toda obra de la gracia, nunca siguió otro impulso que el de la gracia misma.

La gracia concedida á María es la medida de su santidad, porque en el orden sobrenatural obró siempre de un modo perfectísimo, como convenia á la Madre de Dios. Ni los ángeles ni los hombres, sino el Criador puede decir la abundancia de gracias que el Cielo comunicó á María. No nos empeñemos en contar las gotas de agua que hay en los mares, ni las arenillas del desierto. Recibió ella sola más gracias que todas las otras criaturas juntas, más que todos los santos que han existido y existirán hasta el fin de los siglos, y más que todos los coros de los ángeles juntos. Ella, pues, excede en méritos á todos los santos y á todos los ángeles; es un portento de santidad, que no reconoce superior más que á Dios; y la grandeza de la gracia y la grandeza de su santidad la elevan á la categoría de Reina de los Ángeles, la hacen superior á todos, ménos á Dios, la colocan en una altura superior á toda otra, exceptuando la de Dios.

No la conviene ménos el glorioso título de Reina de los Ángeles, si se atiende á su dignidad de Madre del Hijo de Dios. Cuando iba á consumarse la obra más grande de los siglos, el Cielo prepara para María una embajada que desempeña un arcángel. Los tronos y sus dominaciones entran en un éxtasis de admiracion, todas las inteligencias celestiales guardan profundo y respetuoso silencio, mientras el Rey de inefable majestad comunica las instrucciones necesarias á su enviado. Vuela, Gabriel, le dice; atraviesa el inmenso espacio que media entre los Cielos y la tierra; en la pequeña ciudad de Nazareth, y en una casa, también pequeña, hallarás á la Virgen María; dile que la beatísima Trinidad ha decretado sea ella la Madre de Dios, para cuyo motivo la ha llenado de gracia. Desciende el ángel, aparece á María que, retirada del comercio y de la vista de las criaturas, dedicábase enteramente á su Dios en contemplacion muy elevada. Lleno de veneracion y de respeto el santo príncipe, á vista de la que consideraba ya como reina y soberana suya, le dirige una salutacion, que comprende el más pomposo y magnífico elogio que puede hacerse de una pura criatura, asegurándola que está llena de todos los dones del Es-

píritu Santo; que posee todas las virtudes en supremo grado; que está colmada de bendiciones; que es la criatura más agradable á los ojos de Dios, la única, la escogida entre millares, para ser madre suya. El candoroso corazón de la purísima Virgen se cubre de un vergonzoso rubor y su corazón de un humilde sobresalto; quedó por algunos momentos abismada en el conocimiento de sí misma, y luego desplegando sus labios virginales, dice: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.* Al pronunciar estas palabras es elevado y absorto en Dios su benditísimo espíritu, y su corazón comprimido con una fuerza divina. El Espíritu Santo forma de la sangre purísima de la Virgen el cuerpo sacratísimo del Salvador; cria una novilísima alma, que unida á aquel cuerpo, compone su humanidad perfectísima, y en el mismo momento la divinidad en la persona del Verbo divino únese hipostáticamente con la humanidad. En virtud de esta unión sustancial el Verbo es Dios y Hombre verdadero, y la Virgen María verdadera Madre de Dios.

En virtud de esta dignidad inefable María es superior á los más encumbrados espíritus que rodean el trono del Altísimo. ¿A quién de ellos ha sido dado el poder decir á Dios: Tú eres mi hijo? A ninguno: solo á María ha sido conferido este honor; Ella es la única que puede decirle con toda verdad: yo te he engendrado de mi propia sustancia; y esa sangre, que vertida en la cruz sirvió de expiación por los delitos de todos los hombres, y reparó las ruinas de los ángeles, ha circulado por mis venas y manado de mi mismo corazón. ¡Qué grandeza tan incomprensible! ¡Qué dignidad tan elevada! María, en virtud de su autoridad maternal pudo imponer sus preceptos al hombre Dios, le vió sumiso y obediente á sus voluntades, y pronto á ejecutar con la más perfecta deferencia sus meras insinuaciones. ¿Y no debemos juzgarla superior á los ángeles, reina y soberana señora de todas las gerarquías que adoran á su divino Hijo? Si el Hijo de María es rey, con justísima razón debe llamarse reina su divina Madre. Si millares de millares de ángeles ministran al rey de las eternidades, si toda la corte de espíritus celestes rodean el trono del Cordero, y cantan sin cesar las alabanzas del que les redimiera con su sangre, y arrojan sus coronas ante el sólio majestuoso del monarca universal de todos los siglos; millares también de millares alaban y engrandecen á Aquella, que, por haber suministrado su sangre purísima para el inefable misterio de la reparación, fué ensalzada á la dignidad augusta de Reina del empireo. A nadie conviene mejor el dictado de Reina de los Ángeles que á Aquella, que mereció dar á luz

al que continuamente sirven los ángeles, y á quien cantan tres veces santo los más encumbrados serafines.

Podría ahora añadir, que María es también Reina de los Ángeles, porque les excede en gloria. Si la recompensa debe igualar al mérito, y la gloria ha de ser proporcionada á la virtud, siendo el mérito y la virtud de la incomparable Madre de Dios, superior á cuanto puede imaginarse en una pura criatura, comprended, si os es dado, cuál será la gloria á que fué elevada la que, si bien no está á la altura de Dios, es no obstante superior á todo lo que no es el mismo Dios. ¡Puertas del Empireo! franqueadme por un momento las grandezas de esa celestial Sion. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! Allí veo millares de millares de espíritus bienaventurados, de celestiales inteligencias, que, postrados ante el trono del Cordero, repiten sin cesar cánticos de alabanza al que es, al que era y al que ha de ser por toda la eternidad. Allí los Santos Patriarcas del antiguo testamento, los Profetas y los demás justos reciben de mano del Primogénito de los predestinados recompensas que exceden á cuanto puede imaginarse: allí los Apóstoles, los Mártires, los Confesores y las Virgenes visten estolas de diversos colores; ora purpúreas, simbolo de la sangre con que regaron el mundo en testimonio de su fé, ora candidas, expresión de la inocencia con que adornaron sus almas. ¡Ah! Mi vista se oscurece y no puede sufrir los resplandores de tanta gloria. Pues, si ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano puede comprender lo que Dios tiene reservado al menor de sus escogidos, ¿quién podrá concebir, y mucho menos explicar, lo que tenía preparado para la más perfecta Virgen?

Hé aquí como el Salvador quiso vengarse de las humillaciones de la Encarnación en el día de la Asunción dichosa de la Virgen. Mi Madre, paréceme, diría Jesucristo, me encerró en la prisión de su seno doloroso; pues yo voy á levantarla al trono más alto de los Cielos: Ella me despojó de los esplendores de mi gloria, cubriéndome con una carne que me hizo parecido á los pecadores; yo quiero que sea vestida del Sol, y resplandezca con los fulgores de la divinidad: Ella púsome en el caso de hacer cosas que los sábios del mundo calificaron de locuras; yo la introduciré en los tesoros de mi sabiduría infinita: Ella redujo mi omnipotencia á la pequeñez y debilidad de un niño; yo quiero revestirla de plena autoridad para que á su arbitrio disponga de todo, y todo se rinda á su poderío: Ella me redujo á extrema pobreza, yo la hago dueña de todos mis tesoros: Ella me puso en estado de que todos me despreciaran, yo la pongo en estado de

que hasta los mismos Ángeles la honren eternamente. Elevada sobre los Santos y sobre todos los Ángeles, nadie podrá mirarla, sin alzar sus ojos sobre un trono altísimo, y sin que la fuerza de los resplandores que vá á despedirles obliguen á bajarlos. Todo lo grande, todo lo magnífico, todo lo prodigioso es ménos que mi Madre. Si los Ángeles guardan á los hombres, mi Madre me guardó á mí, que soy el Criador de ellos; si los Arcángeles presiden á las ciudades é iglesias, mi Madre presidirá á todas; si los Principados guardan las provincias, mi Madre me ha guardado á mí, que soy el Rey de los reyes; si las Potestades sujetan á los demonios, mi Madre ha aplastado la cabeza de Lucífer, príncipe de todos ellos; si las Virtudes obran milagros, mi Madre es el mayor de todos; si las Dominaciones mandan á los ángeles inferiores, mi Madre mandará á todos los ángeles, porque quiero que sean tuyas todas mis coronas; si en los Tronos habita Dios, mi Madre es, por excelencia, el Trono de la beatísima Trinidad; si los Querubines sobresalen en ciencia, mi Madre ha sido el templo de la Sabiduría increada; si los Serafines, en fin, aman, mi Madre es la Madre del amor.

¡Oh María! Con razon te aclaman bienaventurada no solo en este suelo la generacion de los justos, si que también en el Cielo todos los espíritus bienaventurados. Los Ángeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines, los Tronos y las Dominaciones, las Potestades, los Principados y las Virtudes te aclaman su Reina, su Señora y Soberana, porque á Ti sola, despues de Dios, es debido como á Hija, Madre y Esposa del Monarca celestial, el imperio y la soberanía sobre todo lo criado.

Hermanos míos, ¿quereis que la Virgen Santísima se sirva del ministerio de los Ángeles por vuestra salud y felicidad? ¿Deseais que descendan hasta nosotros los efectos de su poder? Amadla con ternura, recurrid á sus piedades, prodigándola el augusto dictado de Reina de los Ángeles, y no quedarán burladas vuestras esperanzas. No olvidemos que todos somos unos séres débiles, miserables, rodeados por do quiera de peligros; recurramos á María, y cuando nos vea en peligro de perder la gracia, mandará á los Ángeles que nos defiendan. Hombres perversos fraguan proyectos contra Dios, declaran guerra á su gloria, no pocos, seducidos y arrastrados con su ejemplo, se alistan en sus banderas, y momentos hay en que hasta los justos peligran; ofrezcamos á María un corazon contrito, un espíritu humillado, seguros de que Ella mandará á los Arcángeles para que sostengan á los débiles y animen á los fuertes. Vivimos cubiertos de las más densas

tinieblas, los enemigos de nuestra salvacion nos cercan por todas partes, como leones rugientes; y si queremos no vernos abandonados á su impío furor, invoquemos con fé y corazon puro á la Reina de los Ángeles, y ella ordenará y mandará á las Potestades que peleen en favor nuestro, y nos hagan triunfar del demonio, del mundo y de la carne.

Hoy día están también amenazadas las naciones, las cuales se disuelven, se hunden y desmoronan, cuando penetrando en ellas el espíritu de discordia y desunion, y gozando de ascendiente las malas doctrinas, se corrompen los sentimientos que sirven de cimiento á la sociedad; dirijamos á María fervientes plegarias, y Ella mandará á los Principados para que con su mano detengan la caída de los reinos. Que si para nuestra salvacion son necesarios milagros, nuestra celestial Madre ordenará á las Virtudes que nos amparen: si nos faltan los bienes espirituales y temporales, ordenará á las Dominaciones, ejecutoras de la providencia de Dios, que nos suministre lo que nos conviene. En fin, pidamos auxilio á la Reina de los Ángeles en todas nuestras necesidades, y estemos seguros que llamará, si es necesario, á los Tronos, á los Querubines y Serafines para que nos consuelen. Tengamos, empero, presente, que si verdaderamente deseamos que María se sirva del ministerio de los ángeles para nuestra felicidad, y poder un día formar la corte de nuestra celestial Reina, debemos amarla y servirla, ser devotos suyos, visitar con frecuencia sus imágenes, é invocarla muchas veces cada día.

Madre y Reina nuestra; nosotros nos regocijamos, como es justo, de vuestra grandeza, considerando que no para Vos sola habeis sido enaltecida, sinó para mejor poder patrocinar á los que en la tierra adoptasteis como hijos de vuestro amor. Defendednos y protegédnos del comun enemigo por el ministerio de los Ángeles; enardeced nuestra fé, alentad nuestra esperanza, inflamad nuestro amor hácia vuestro divino Hijo, para que sirviéndoos á ambos con fidelidad en esta vida, merezcamos formar parte de vuestra corte en la eternidad.